**Santísima Trinidad**

7 de junio de 2020

Ex 34, 4-6.8-9  
Dn 3

2Cor 13, 11-13  
Jn 3, 16-18

*P. Eduardo Suanzes, msps*

El Papa Francisco dice que **misericordia** es la palabra que **revela el misterio de la Santísima Trinidad**[[1]](#footnote-1). En efecto es un **misterio** y no un **enigma**. Conviene que tengamos clara la diferencia, pues el misterio es como un mar sin fondo y sin riberas que invita a zambullirse en él y a penetrarlo cada vez más, mientras que el enigma no quiere ser descubierto, penetrado: su esencia es permanecer oculto. Nuestro Dios no es un Dios enigmático, es un Dios misterioso, pero en el sentido en que estamos hablando[[2]](#footnote-2)

Si Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, es la **síntesis del misterio** de nuestra fe; si la misericordia es la palabra que **revela el misterio de la Trinidad**, esto quiere decir que aquí se nos abre una puerta, yo diría que **la puerta** definitiva ***por la que todo cristiano ha de pasar si quiere encontrarse con Dios*** y experimentarlo. Este es el mar sin fondo ni riveras: la misericordia, pues por pura misericordia Dios se ha revelado a sí mismo y por pura misericordia nos ha introducido en el centro de su intimidad.

San Pablo, en la segunda lectura a la comunidad de Roma despide con el saludo: «*la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté siempre con ustedes*». Esta frase a la que tristemente nos hemos acostumbrado (pues es el saludo “del cura” al comenzar la misa) es de una densidad asombrosa; porque ¿qué gracia es esa de Jesucristo? Pues el ***mundo de la gracia*** es el mundo de la misma vida de Dios. ¿Cómo es ese mundo? ¿Cómo es esa vida? Pues esa vida, ese nuevo mundo, se caracteriza porque es el mismo amor del Padre, el Espíritu Santo, el que se ha derramado en nuestros corazones, uniéndonos a él. En realidad Pablo está diciendo, en esa frase, lo mismo cuando habla de Jesucristo, del Padre y del Espíritu Santo.

Permítanme una comparación tomada de nuestra experiencia para adentrarnos en el misterio. En la vivencia del amor, los amantes, al llegar a la unión al que el mismo amor les lleva, tienen una experiencia única que solo ellos viven y que, al traducirla en palabras o al expresarla con imágenes, ellos la describen como “*una atmósfera*” única en la que están sumergidos. Todo el que el que se ha enamorado ha experimentado esta atmósfera. Es como si vivieran en una misma aspiración que sólo ellos conocen y que solo ellos aspiran; por decirlo así, se aspiran mutuamente. Se viven mutuamente y se explican el uno al otro desde esa misma atmósfera. Esto es exactamente lo que sucede en la Trinidad: El Padre aspira al Hijo y el Hijo al Padre y esta aspiración es el mismo Espíritu Santo. El misterio de la Trinidad es tal que esta misma aspiración hace que las tres Personas Santísimas tengan una única naturaleza y sean al mismo tiempo un solo Dios.

En ese saludo Pablo nos dice que hemos accedido al mundo de la gracia de Jesucristo por el amor del Padre en la comunión con el Espíritu Santo; nos está diciendo que nosotros, por pura misericordia, estamos sumergidos en esa misma aspiración y que Dios Padre me aspira a mí en Sí mismo como aspira al Verbo. Y que yo aspiro a Dios en mí mismo y en Sí mismo porque he sido, por la muerte y resurrección de Jesús, introducido en el misterio de la intimidad divina: ¡esta es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo!. Así, sólo porque Dios lo ha querido, por pura participación, mi naturaleza humana se ha hecho divina y mi destino es la transformación plena en Dios por la aspiración de Él mismo en mí y de mí mismo en Él. Este lenguaje, por complicado que parezca, se simplifica al considerar que esa misma aspiración es el mismo amor de Dios, el Espíritu Santo; y que en esa atmósfera divina hemos sido introducidos en el día de nuestro bautismo.

Por eso Isabel de la Trinidad pudo escribir:

*Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro. Ayúdame a olvidarme totalmente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y tranquila, como si ya mi alma estuviera en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, oh mi Inmutable, sino que cada instante viva más íntimamente sumergida en la profundidad de tu Misterio.*

Ella quiere olvidarse totalmente de sí misma, es decir, quiere dejar de aspirarse a sí misma, para en sí misma solo aspirar a Dios y así establecerse totalmente en Él[[3]](#footnote-3). Esto, en ningún momento, significa que quiere enajenarse del mundo, y olvidarse de Él. Ella quiere vivir en el mundo con sus hermanos, pero como Jesús, con la mirada y el corazón totalmente en Dios. Descubre que su única paz es vivir sumergida en la profundidad del misterio y experimenta que vivir en el tiempo es vivir en la eternidad cuando se deja invadir por la paz qué solo el Espíritu Santo da.

Continúa escribiendo Isabel:

*Pacifica mi alma, haz de ella tu cielo, tu morada predilecta, el lugar de tu descanso. Que nunca te deje allí solo, sino que permanezca totalmente contigo, vigilante en mi fe, en completa adoración, y en entrega absoluta a tu acción creadora [...].*

Ella se sabe invadida por Dios; aspirada por Él y aspirado Él por ella, hasta tal punto que se vive realmente como morada de la Trinidad, como su lugar de descanso, como su Oasis. En la espiritualidad de la cruz este lenguaje es muy familiar porque cuando Jesús habla a Concepción Cabrera de Armida de los Oasis habla del descanso de la Trinidad en los que abrazan la espiritualidad de la cruz y se entregan a ella con todo sus corazón.

Isabel de la Trinidad acaba su oración con este párrafo:

*Oh mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad en que me pierdo, me entrego a Ti como una presa. Sumérgete en mí para que yo me sumerja en Ti, hasta que vaya a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas[[4]](#footnote-4)*

Es interesante la imagen que Isabel utiliza para dejarse en los brazos de Dios. Habla de que se entrega como una ***presa*** cuando se ve acorralada y se abandona al cazador sin oponer ya nunca más resistencia, pues ha sido derrotada. Una presa que ha sido esquiva, que ha huido, que se ha escondido sabiéndose perseguida por la insistente misericordia de Dios y que, por fin ha bajado los brazos y se ha dejado atrapar por el amor. Una presa que, por fin, *se ha puesto a tiro[[5]](#footnote-5)* y se ha dejado atrapar. Pide ser sumergida en Él para que Él se sumerja en ella y así seguir hundiéndose en ese mar sin fondo del misterio. Es interesante cómo en la experiencia de muchos santos se da esta misma de la *presa* cazada por Dios...Parece ser que es una sensación común.

El P. Félix Rougier también nos habla de la Trinidad de ese sumergimiento en el misterio:

*Hace tiempo que,* ***por la misericordia de Dios****, salimos de la vida natural para subir a la vida sobrenatural y vivir en un plano superior, bien cerca de Dios[[6]](#footnote-6). La Santísima Trinidad es todo nuestro amor[[7]](#footnote-7) y de sus pensamientos y de su amor vivimos en nuestras visitas al Santísimo y en todas nuestras adoraciones. Nuestra inteligencia pasa de una Persona a otra, adorando y amando. Hablamos sucesivamente al Divino Padre, a Jesús Víctima y al amadísimo Espíritu Santo, y escuchamos las contestaciones interiores de cada una de esas amadísimas Personas. Nuestra vida de Misioneros, la vivimos bajo las miradas de esas Divinas Personas, y es, por la gracia de Dios, tal como debe ser: vida de amor, de pureza y de sacrificio, copiando así toda la vida de nuestro amado Jesús*”[[8]](#footnote-8).

Hace el P. Félix mención a que esta nueva vida con Dios en el seno de la Trinidad es solo obra de su misericordia, como decía el Papa Francisco, que solo ésta es la clave de interpretación. Y que la forma de relacionarse con cada una de las Personas tiene sus particularidades. *Nuestra vida [...] la vivimos bajo las miradas de esas Divinas Personas, y es, por la gracia de Dios, tal como debe ser: vida de amor, de pureza y de sacrificio.*  Parece que el P. Félix asocia cada una de las tres virtudes típicas en la espiritualidad de la cruz con una de las tres personas: **amor**, al Espíritu Santo; **pureza** al Padre; y **sacrificio** a Jesús.

Continúa escribiendo Félix:

*“La unión con Jesús para ir al Padre bajo la moción del Espíritu Santo es como el Centro de toda nuestra vida espiritual, sin perder nunca de vista al Padre, pues Jesús mismo dijo: ´Nadie viene a mí, si primeramente mi Padre no lo atrae´. De ahí nuestra tiernísima devoción al Padre que nos une más y más a Jesús por medio del Espíritu Santo[[9]](#footnote-9)”.*

Vivamos, pues el misterio de la Santísima Trinidad en nuestras vidas de una manera real, teniendo en cuenta que se trata de una aspiración en el amor y que esta aspiración es una obra de la misericordia de Dios que nos la ha dado por el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones. Que es una atmósfera en donde vivimos en la misma paz de Dios y que lejos de separarnos del mundo nos introduce en él desde Jesús y con Jesús. Ya no hay nada que temer pues nada ni nadie nos puede separar de esta aspiración, de esta atmósfera en la que Él nos ha sumergido. Cuando perdemos la Paz es porque nos hemos salido de esta atmósfera que solo el Espíritu Santo da.

1. Francisco, El rostro de la misericordia 2,1 [↑](#footnote-ref-1)
2. Esta idea es de Amedeo Cencini, expresada en *el Congreso Vocacional para América Latina y el Caribe*. Cartago, Costa Rica, en febrero de 2011. [↑](#footnote-ref-2)
3. En la Espiritualidad de la Cruz se traduce esta idea en la Sexta Regla de la Cadena de Amor, siendo *Dios el único blanco de todas nuestras aspiraciones* [↑](#footnote-ref-3)
4. Isabel de la Trinidad. *Elevación a la Santísima Trinidad*. 21 de noviembre de 1904 [↑](#footnote-ref-4)
5. En el lenguaje de la caza se dice que una presa se ha puesto a tiro del cazador cuando está al alcance de su escopeta. Si mi escopeta tiene un alcance de 500m y la presa está a 600m la presa no está a tiro. Estará a tiro cuando esté a una distancia sensiblemente inferior a 500m. *Ponerse a tiro del Espíritu Santo* significa querer dejarse atrapar por él; como dice San Juan de la Cruz: “embestir por él” [↑](#footnote-ref-5)
6. ... el mundo de la gracia que habla San Pablo. [↑](#footnote-ref-6)
7. ... único blanco de todas nuestras aspiraciones (sexta Regla de la Cadena de Amor) [↑](#footnote-ref-7)
8. Félix de Jesús Rougier. *Carta a los Misioneros del Espíritu Santo de la Casa de Roma*; 13 de enero de 1932 [↑](#footnote-ref-8)
9. *Ibid.* [↑](#footnote-ref-9)